

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 58, 7-10): *Parte tu pan con el hambriento.*

Salmo (111, 4-5.6-7.8a y 9): *«El justo brilla en la tiniebla como una luz»*

2ª lectura (1ª Corintios 2, 1-5): *Que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres.*

Evangelio (Mateo 5, 13-16): *Vosotros sois la sal de la tierra.*

El pensar en “*un mundo desquiciado y desnortado*” puede adolecer de una visión negativa del mundo, llena de prejuicios. ¿No es verdad que en algún momento hemos pensado en todo esto? ¿No es cierto que cuando vemos noticias en las que se repite machaconamente la venganza con todo tipo de violencias, o cuando vemos que se ensalza el ganar dinero sin límite, pensamos que hemos perdido el norte?

Pero, no hay que ser derrotistas, pesimistas, aciagos, profetas de malos agüeros. Esto no es cristiano, ni siquiera creyente. A veces, los ciudadanos de a pie, buscamos personas que sean honestas, limpias, y que propongan criterios claros, luminosos para comportarnos en medio del mundo. Pero ¿quiénes son? ¿Dónde están? Más aún, ¿qué tiene que ver, en estas situaciones, la fe en Dios?

El anciano Simeón había llamado a Jesús «*Luz de las naciones y gloria del pueblo de Israel*» y ahora es él quien dice a sus discípulos «*Vosotros sois la luz del mundo, vosotros sois la sal de la tierra*», con esta afirmación, viene también una misión, y Jesús quiere dejarla bien clara a aquellos primeros hombres que se animaron a seguirlo y a todos nosotros, que intentamos hacerlo en esta época de la Iglesia.

“*Vosotros sois sal y luz*”. Estas metáforas no parecen ir de acuerdo con el afán de protagonismos que tenemos muchos de los que vivimos en estos tiempos. Es cierto que nos gusta agradar a los demás, conseguir su aprecio, su estima o al menos su aprobación o su aplauso. No nos animamos a huir de los micrófonos y de los reflectores; al contrario, hay muchos que parecen buscarlos y deleitarse en estar ante las miradas de los demás. Como dicen algunos, “*que hablen de ti, aunque sea mal, pero que hablen de ti todo el tiempo*”.

No nos faltan ejemplos en el mundo del espectáculo. Hay quienes parecen ir en busca de la situación escandalosa para poder seguir apareciendo constantemente en los noticiarios y en las revistas del género. Otro tanto podríamos decir de algunos deportistas y políticos; hasta varios religiosos, parece que quieren vivir a la sombra de esos personajes.

Jesús nos ayuda a reflexionar, de forma sencilla y clara, para que todos lo entendamos. Nadie se come la sal a cucharadas, la sal cumple su función cuando, en la cantidad adecuada, es añadida como condimento a la comida. Solo se hace notar por exceso o por defecto, “*esto está muy salado, no hay quien se lo coma*” o “*está demasiado soso*”, pero a nadie le interesa el sabor de la sal como tal, sino la función de hacer resaltar las cualidades del alimento que condimenta. La sal sirve para dar sabor; si no tiene esta cualidad, se tira.

Tampoco la luz es protagonista de la vida cotidiana. Casi damos por supuesto que debe estar ahí. La extrañamos cuando la necesitamos y no está, ni natural ni artificialmente. Hasta nos deslumbra cuando su intensidad es tan fuerte que, en vez de iluminarnos, acaba por cegarnos. No, nadie enciende una luz para ver la luz, sino para ver alrededor. La luz nos ayuda a precisar los contornos, a ver objetos, a resaltar algunas áreas..., pero nunca la encendemos para contemplarla. La luz alumbrá; si se oculta, pierde su sentido y valor.

Jesús no dice obviedades, sino que nos habla de Dios y de su Reino. El Reino de Dios o da sabor a la vida e ilumina la vida ordinaria, o no tiene sentido. El Reino de Dios no es un constructo ideológico, sino momentos vividos, decisiones ejecutadas, opciones cumplidas.

Las “*buenas obras*” de las que habla Jesús (en las que tanto insisten los judíos) no son un argumento para convencer a Dios de que nosotros somos buenos y dignos de su amor, sino que las buenas obras que realizamos nacen de Dios; nosotros, con su gracia, las vivimos y las hacemos realidad. Nuestras buenas obras son luz en situaciones de angustia, son sal en medio de vidas tristes, agotadas, insípidas.

El evangelio de Jesús tiene una fuerza y una frescura desbordante. Es verdad que, después de haber escuchado tantas veces las mismas lecturas (al menos los cristianos), pensamos que ya no tiene la capacidad suficiente para movilizarnos. Solo dos preguntas a raíz del evangelio que acabamos de escuchar: ¿tú tienes algo luminoso que decir, novedoso y con sentido, en este mundo que vivimos? ¿Tú sabes cómo vivir de otra forma, más justa y humana, en esta sociedad?

Si la respuesta es que sí, estás diciendo que tú puedes ser “SAL” y “LUZ”. Ser cristiano no es, quizá, hacer cosas sorprendentes, propias de personas superdotadas; ser cristiano es, seguro, decir una palabra luminosa en medio de la confusión; tomar decisiones valientes y humanas cuando parece que todo se resiente y se mueve bajo los pies. Ojalá podamos iluminar y dar sabor de modo que la gente no se fije en la sal o en la luz del mensajero, sino en la calidad, bondad y amor de Dios, nuestro Padre.